

fuerte, cuando su primer arma, la doblez, parece inseparable de la flojera y de la debilidad.

Verdaderamente, lo hecho para salvarse no le daba más resultado á Luis XVI que prolongar su calle de Amargura. En las horas transcurridas desde su arresto en Varennes hasta su retorno á París, le habían asaltado bien locas y opuestas esperanzas: primera, que fuesen á sacarlo de las garras del pueblo los maquinadores y responsables del desastre; segunda, que París, al encontrarse con que no estaba el Rey, sintiese cuanto sentirían los humanos encontrándose una mañana con que no salía el sol. Esta fué la eterna equivocación de los Monarcas: imaginarse indispensables á su pueblo. Muy arraigados estaban en las supersticiones y en las costumbres; mas habían hecho ya todo lo posible para desarraigarse, exacerbando con sus conjuras el espíritu nuevo, en lugar de atraérselo, y redorar con su electricidad la deslustrada y deslucida corona. El Congreso comprende que no puede todavía derribar la realeza; pero sí hacerla del todo inútil, mostrando cómo no se altera cosa ninguna con su ausencia. Por fin y postre, no les quedó más remedio á los Reyes que conformarse con su cautiverio, y ponerse á disposición del Congreso. Aún estaban en el horrible tenducho, donde los detuvieron, cuando llega el decreto autógrafo de la Nacional Asamblea, expidiendo el acuerdo irrevocable de que volviesen á París y reconocieran la jurisdicción sobre sus personas reales, tanto de las leyes, como de los legisladores. El primero en decirles y notificarles todo esto, fué un ayudante de Lafayette, quien, por causa y razón de su oficio, había merecido muchas atenciones de los Reyes, y dádoles consuelos en sus penas, apoyo en sus caídas. Este ayudante se llamaba Romeuf; y, entrando un su compañero camino de Varennes, alcanzó y supo toda la intensidad tomada por el sentimiento revolucionario en las tierras del Norte francés tras tamaño desastre. Llamábase Bayón, y creía que hallándose así la frontera del Nordeste de nerviosa, debía París arder por los cuatro costados. Cuando este Bayon, que parecía siempre á Romeuf, entró en el cuarto de los Reyes, no pudo menos de gritar, entre los ahogos de la emoción y los resultados del cansancio, que la muerte reinaba en París, diezmando una epidemia política sus hijos, maltratados todos por los anuncios de guerra civiles pantosa. Y, en el gesto, en el ademán, en el dicho, había una reconvencción, por tal manera horrible á los Reyes, que los dos se quedaron á una como petrificados. Y, tras tal heraldo siniestro de desdichas, apareció Romeuf, el ayudante de Lafayette y amigo de la Reina, con el terrible decreto de apresamiento en las manos. Apenas comprendían los Monarcas pudieran los súbditos cumplir otros deberes que los contraídos por su nacimiento abajo, con ellos, nacidos arriba. Así, cuando vieron que una persona como Romeuf llevaba un decreto como el dado por los representantes de Francia, se airaron en su contra, como si les hubieran dirigido un insulto, y les hubieran hecho un desacato. «Nunca hubiera creído que os encargarais de tal embajada», le dijo la Reina, recordando antiguos homenajes debidos á la majestad, y á la hermosura, y á la desgracia por todo caballero; pero imposibles cuando

se cumplía una orden de arresto, cuya falta de cumplimiento acaso le hubiera costado la vida y el honor, no solamente á él en persona, sino también á su general y jefe, Lafayette. Viéndose caído, desde las alturas del trono en los precipicios de aquella ignominia, el Rey declaró que no quedaba ya Monarquía en Francia. Estas son las grandes tristezas del tiempo, las producidas por el adverso destino de los que parecían haberlo uncido á su carro y entrado en la serena Eternidad. Romeuf no quiso excusarse, ni siquiera con la reflexión de que otro cualquiera hubiera hecho aquel encargo con menos miramientos y respetos. En vez de dar el decreto al Rey, diólo á la Reina, creyendo su frente, por más alta, más herida de aquella explosión del fluido revolucionario. La Reina pasó la vista por tan terrible hoja, y se desquitó de su pena insultando á los diputados, pues el dolor no había destruido en ella la soberbia. Y, así, arrojó el papel, como si la quemara las manos. Y fué á caer sobre la cama donde se hallaba el Delfín acostado. Y, al verlo allí, lanzóse, como si la hoja hubiera de matar á su hijo, y exclamó: «¡no quiero manche al nieto de cien Reyes!»

¡Cuál transformación! ¡Pobres Reyes! Desde un tabernáculo á una especiería; desde una liturgia de dioses á un escalón de ignominia que jamás habían posado los nacidos en las inferiores gradas sociales. Así, no podían desasirse á la esperanza y pugnaban por asirse al último asidero de su naufragio. Parecía imposible que no llegaran sus salvadores. Y con efecto, no se veían por ninguna parte. Lo que se veía en todas, era el tropel de sus enemigos, de los que consideraban aquella fuga como la guerra con el extranjero y apresuraban la vuelta. En vano se habían resistido á volver, pretextando ya que dormían los niños, ya que á las damas les aquejaban asaltos de súbditos desmayos; ó ya que su propia salud no les permitía moverse; las muchedumbres, en oleajes infinitos encrespadas, pedían el regreso, los guardias nacionales formaban escoltas que parecían para presos y eran para Reyes aún; los caballos, aparejados y dispuestos, piafaban como si el instinto suyo les hubiera contagiado del sentimiento que predominaba en los corazones de las muchedumbres; y hasta el aire parecía impeler los matalotajes de aquellos colosales carricoches hacia Occidente. Por fin, los Reyes bajaron desde la mercería donde los habían encerrado, para detenerlos en Francia sin recato, á la calle donde les aguardaban las gentes que debían reinstalarlos en París sin descanso. Al verlos bajo tanta humillación, el pueblo quiso exaltarlos para exaltarse á sí mismo, y prorrumpió en gritos fragorosos de ¡viva el Rey! Pero ni una sola voz aclamó á la Reina; como si por extranjera, y por inteligente, debiera recoger la responsabilidad de los errores y de los crímenes, hechuras del Rey, á quien excusaban, primero por verle francés, después por atribuirle una relativa inocencia. Parece imposible cómo el destino juega con la suerte del hombre á los dados. Hacía tres horas que andaban los coches regios á París con su preciosa carga, cuando aparecieron en la tristísima estación del cautiverio y del apresamiento, los húsares de Bouillé que iban á salvar á los Reyes, si puede llamarse con fundamento salvación al fementido logro de sus trai-

ciones. Nueve horas de marchas forzadísimas que traían; tres horas que les adelantaba la familia real; un muro de gentes interpuestas entre sus lanzas y los Reyes; el estremecimiento de aquella volcanizada tierra donde no había espacio adecuado á ningún conato de reacción; las iras populares cada vez más condensadas y más tempestuosas; el terror mismo á cometer una felonía con la patria, hicieron que los húsares de Bouillé retrocedieran, dejando la triste familia real abandonada por entero á sus luctuosos destinos. El salvador se redujo al triste caso de dirigir enfática epístola en altisonante y fragoroso estilo al Congreso nacional, amenazándole con que le costaría muy caro si un pelo tocaba de la cabeza del Rey. Pero, mientras los Reyes iban á la triste agravación de su cautiverio, al inmenso panteón de las Tullerías, al cadalso que se dibujaba en lo porvenir, Bouillé tenía que pasar la frontera, debiendo infligir á sus temeridades un extrañamiento bien parecido á un suicidio.



CAPÍTULO TRIGESIMO-NONO

La evolución y la revolución

LEGADOS á este minuto culminante de la Historia, conviene pararse á contemplar el tiempo en que pasaban sucesos tan terribles como los narrados por el capítulo anterior, y este nuestro tiempo en que predomina la idea de reforma sobre la idea de revolución, y se siente bajo nuestros pies el desarrollo de la evolución en serie lógica y en sistema encadenado. Cuando estos hechos del siglo anterior se miran al través de los hechos del siglo corriente, adquieren una desmedida importancia, porque no sólo el criterio los examina, y el ánimo en sí mismos los siente, porque los examina el criterio y los experimenta el ánimo en sus consecuencias. No se pueden alcanzar y comprender muchos hechos como no se los alcance y no se los comprenda con el espíritu de su tiempo y las ideas y los afectos generales por el sensorio y el cerebro con ún de este tiempo extendidos. ¿Cómo podrá extrañarnos que los Reyes, al ver la revolución, se coligaran, si nosotros mismos acabamos de ver que un Emperador, como Napoleón III, se creyó en el caso de arremeter con Alemania porque Alemania cumplía su maravillosa unificación, según su voluntad y supensamiento con arreglo á los humanos derechos? Pues, si en la segunda mitad del siglo décimo-nono, aclaradas las ideas de nacionalidad como están hoy, reconocido el principio de que los pueblos pueden disponer del destino suyo al propio arbitrio, se ideó una intervención insensanta, ¿cómo extrañarnos de que los Reyes antiguos, creyéndose todos ellos uno sólo, se arrestaran á formar la liga que formaron y arremeter contra Francia como arremetieron únicamente por defender